

VII Jornadas Santiago Wallace de Investigación en Antropología Social. Sección de Antropología Social. Instituto de Ciencias Antropológicas. Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires, 2013.

# **Patrimonio, identidad y tradición: el caso de las Asociaciones Tradicionalistas.**

BASSA Daniela Noemi.

Cita:

BASSA Daniela Noemi (2013). *Patrimonio, identidad y tradición: el caso de las Asociaciones Tradicionalistas*. VII Jornadas Santiago Wallace de Investigación en Antropología Social. Sección de Antropología Social. Instituto de Ciencias Antropológicas. Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-063/116>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evkA/zue>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## VII JORNADAS DE INVESTIGACION EN ANTROPOLOGIA SOCIAL

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

27 al 29 de noviembre de 2013

Mg. Daniela Bassa

UNLPam - UBA

### **Grupo de Trabajo 6:**

Economía Política del Patrimonio, la Cultura y las Políticas Culturales

### **Ponencia:**

#### **Patrimonio, identidad y tradición: el caso de las Asociaciones Tradicionalistas en Santa Rosa, La Pampa**

En esta ponencia intentamos analizar la concepción de tradición que ostentan diversas agrupaciones que se definen como tales, y cómo dicha concepción trasluce cuestiones patrimoniales e identitarias. Se trabaja con los grupos tradicionalistas en actividad en la ciudad de Santa Rosa, La Pampa<sup>1</sup>. Cabe aclarar que los planteos aquí presentados son sólo preliminares y que forman parte de una investigación mayor que se encuentra en curso.

Siguiendo a Handler y Linnekin (1984) definimos a la tradición como una construcción simbólica, que no puede ser entendida en términos de dones, límites o esencia, por el contrario, la tradición se refiere a un proceso interpretativo que incluye continuidades y discontinuidades. No hay tradición esencial, limitada, plantean los autores, es un modelo del pasado y es inseparable de la interpretación de la tradición en el presente. La acción tradicional puede referirse al pasado, pero ese “referirse a” es una relación simbólica más que natural, y como tal, está caracterizada por la discontinuidad así como por la continuidad. La tradición es inventada, afirman Handler y Linnekin, porque es necesariamente reconstruida en

---

<sup>1</sup> De alrededor de 30 Asociaciones en Santa Rosa que figuran en el listado proporcionado por dependencias del gobierno provincial, sólo 17 de ellas continúan actualmente en actividad. Estas son: Agrupación Tradicionalista “El Indio”, Centro “Raíces Gauchas”, Centro “Tordillo Pampa”, Centro “Valeriano Lucero”, Centro “Martín Fierro”, Centro “Los Pampeanos”, Agrupación Gaucha “El Resero”, Centro “Parando Rodeo”, Centro “Gauchito Gil”, Centro “Defendiendo lo Nuestro”, Centro “Honor Gaucho”, Agrupación “Juancito Alarcón”, Agrupación “La Tapera”, Agrupación “El Talero”, Centro “Folkloreando entre Jinetes”, Agrupación “El Puester”, Agrupación “Las Pampas de Pincén”.

el presente, por más que algunos participantes entiendan tales actividades como una preservación más que como una invención. Es una invención más que una preservación debido a que: ① Los elementos del pasado seleccionados para representar la cultura tradicional están situados en contextos completamente diferentes a los del medio circundante anterior (relación con otros objetos incluidos en nuevas relaciones de significado), ② Estas piezas de tradición nuevamente contextualizadas asumen un nuevo significado, ③ La invención de la tradición es selectiva, sólo ciertos ítems son elegidos para representar la cultura nacional tradicional, y otros aspectos del pasado son ignorados u olvidados (Handler y Linnekin, 1984). La tradición no es transmitida desde el pasado como una cosa o una colección de cosas, es simbólicamente reinventada en un presente continuo. Los discursos y las prácticas históricas se vacían de los sentidos y los significados que los ligaban a contextos concretos, a grupos particulares y a localizaciones definidas para ser utilizados en nuevos contextos y localizaciones y por diversos grupos que resignificarán y crearán nuevos sentidos y significaciones (Handler y Linnekin, 1984).

Por su parte, Hobsbawm (1998) plantea que las tradiciones que aparecen o proclaman ser antiguas, con frecuencia tienen un origen reciente y algunas veces son inventadas. La tradición inventada se refiere al conjunto de prácticas, regidas normalmente por reglas manifiestas o aceptadas tácitamente y de naturaleza ritual o simbólica que buscan inculcar ciertos valores y normas de comportamiento por medio de la repetición, lo que implica de manera automática una continuidad con el pasado. De hecho, cuando es posible, estas prácticas intentan normalmente establecer una continuidad con un pasado histórico conveniente. En tanto hay una referencia a un pasado histórico, la peculiaridad de las tradiciones inventadas es que su continuidad con tal pasado es artificial. Son respuestas a situaciones novedosas que toman la forma de referencia a situaciones antiguas o que establecen su propio pasado por una repetición cuasiobligatoria. Plantea Hobsbawm (1998) que las tradiciones inventadas son de tres tipos: las que establecen o simbolizan la cohesión social o la membresía de los grupos y comunidades; las que establecen o legitiman instituciones, status o relaciones de autoridad; y aquellas cuyo propósito principal es la socialización y el inculcamiento de sistemas de valores, creencias y comportamientos convencionales.

Continuando con el abordaje de las tradiciones, Williams(1980), entiende la tradición como selectiva por representar una versión intencionalmente selectiva de un pasado configurativo y un presente preconfigurado, que resulta entonces poderosamente operativo dentro del proceso de definición e identificación social y cultural. A partir de un área total posible del pasado y el presente, sólo ciertos significados y prácticas son seleccionados y acentuados, mientras otros son excluidos y rechazados. No obstante, y por representar un proceso hegemónico, se presenta como “la tradición” o como el “pasado significativo”. Debe pensarse a la tradición como un aspecto de la organización sociocultural que es de interés de la dominación de una clase particular, representa una versión del pasado que se pretende conectar con el presente y ratificar. En la práctica la tradición ofrece un sentido de predispuesta continuidad. Williams reafirma el valor hegemónico de la tradición por representar un proceso deliberadamente selectivo y conectivo que ofrece una ratificación cultural e histórica de un orden contemporáneo (Williams, 1980:138).

Por último, rescatamos los planteos de Prats en relación al patrimonio para poder entender a la tradición como una forma de patrimonialización que representa una identidad particular. Prats (1998) define al patrimonio como una construcción social o cultural que posee un carácter simbólico, por su capacidad para representar, mediante un sistema de símbolos, una determinada identidad. Las diferentes versiones ideológicas de la identidad parten de ideas y valores, en principio coherentes entre sí y más o menos abiertamente relacionadas con los intereses de quienes lo promueven, que se expresan en forma de discursos y se condensan en símbolos. Así, el carácter sacralizado de estos símbolos refuerza el discurso a la vez que éste da sentido a la selección e interpretación de referentes simbólicos. Mediante la relación de estos tres polos (ideas-valores-símbolos) con la identidad, se promueve la identificación con los símbolos y por ende la adhesión al discurso, al sistema de ideas y valores propuesto. La alternativa es la exclusión, o bien si se tiene la capacidad para hacerlo, la formalización de una versión alternativa de la misma identidad. Por ello, Prats (1998) afirma que el patrimonio no existe más que cuando, desde determinadas instancias, es activado, es decir se promueve una versión de una identidad, para la cual se selecciona, se interpreta y se representa un repertorio de referentes, procedentes del stock previamente establecido a partir de los criterios iniciales. Esas instancias son en principio el poder político, los gobiernos, pero también los contrapoderes políticos, las oposiciones. También pueden activarlo iniciativas de la sociedad civil, esto es, instancias no formalmente políticas de mediadores culturales, siempre y cuando

cuenten con el apoyo o beneplácito de los poderes o contrapoderes. No hay activación patrimonial sin poder, y por tanto no hay patrimonio. El patrimonio, en la medida que pretende representar una identidad, constituye un campo de confrontación simbólica inevitable, tanto entre las distintas versiones que se puedan producir al respecto como en el ámbito de las confrontaciones externas, simbólicas y físicas entre grupos sociales. Se selecciona, se patrimonializa para avalar una determinada versión de la identidad o para representar y vender una determinada versión de la identidad.

### **Tradicionalismo, patrimonio e identidad**

Sin pretender realizar la historia del movimiento tradicionalista, es necesario señalar algunas características y el contexto de su surgimiento para poder comprender sus alcances y manifestaciones posteriores.

Uno de los defensores más importantes de este movimiento fue Carlos Vega quien además de ser un gran estudioso de la música y del folklore nacional, llegó a ser director del Instituto Nacional de Musicología. Vega (1981) definía a la tradición como “la continuidad de las cosas culturales (filosofía, ciencia, letras, artes, costumbre, usos, juegos, vestidos, utensilios y otras inventadas por el hombre) a través de las generaciones”. Y, como tradicionalistas, a aquellas personas que desarrollan inclinaciones afectivas por esa selección de bienes antiguos y por su ambiente. No obstante, planteaba que no todos son o pueden serlo, ya que tal condición requiere “una aptitud pasiva especial, mezcla de amor, de tendencia, de educación, de orientación y una capacidad de exaltación y militancia cuando advierte que su patrimonio afectivo está amenazado por tendencias opuestas o simplemente por un ritmo de progreso más vivo o eficaz”. El tradicionalista se aferra al recuerdo, a través de la práctica, el uso, la evocación o el culto de todas las cosas que por el paso del tiempo van desapareciendo. En esta tarea, toma por modelos a los diversos grupos sociales históricos que “les animaron y se entrega a la empresa de vivificarlos en sí mismo y en su entorno”. En Argentina, continúa Vega los tradicionalistas han elegido, a modo de símbolo, un tipo rural: el gaucho, o de modo más general, los tipos rurales de las diversas regiones del país, aunque el gaucho significa un ideal de vida y de conducta (1981:7). En la figura del gaucho, los tradicionalistas crearon al hombre que cada uno quisiera ser. Aunque no fueron todos modelos de virtud, se puede admitir que en sus buenos tiempos los más fueron hábiles, generosos, buenos cristianos,

dignos, honrados y valientes, las mujeres piadosas, sufridas, trabajadoras, fieles esposas y madres ejemplares. Por eso, en un impulso de identificación, muchos tradicionalistas usan algunas prendas del vestuario gaucho, se deleitan con sus platos y con el mate, recitan prosas y versos gauchescos, tocan la guitarra, cantan, bailan y actúan entre paredes urbanas decoradas con escenas rurales (1981:8).

Tal como planteaba Carlos Vega (1981), en nuestro país, y particularmente en la zona bonaerense y pampeana, la tradición se ha relacionado con el ámbito rural, el campo, el gaucho, el folklore. Destacamos las ideas de Vega porque muchas de sus concepciones continúan arraigadas en los testimonios de los integrantes de las agrupaciones, quienes al definirse como tales recuerdan y añoran épocas pasadas, las cuales evocan y reviven a partir de diversas prácticas. También reivindican la figura del gaucho como un ideal de vida y de conducta.

Seguimos, además, los trabajos de Ratier (2001, 2004) quien analiza el papel del gaucho en la conformación del patrimonio social y lo que él denomina cultura rural bonaerense dado que nos aporta herramientas conceptuales para analizar las asociaciones tradicionalistas en nuestro trabajo. Ratier (2001) utiliza el concepto de “situación gauchesca” para definir al conjunto de características y actividades siempre presentes cuando se actúa ceremonialmente la evocación sacralizada del gaucho (ropa de gala, caballos criollos, emprendados, banderas argentinas, música folclórica, comidas criollas). En el marco de estas actividades encontramos una amplia gama que incluyen las productivas, comunitarias, religiosas, recreativas, deportivas, entre otras. Estas actividades siempre van acompañadas de esta situación gauchesca con comidas, actividades ecuestres, música y bailes folclóricos, vestimenta, animación de gauchos y payadores. Aspectos todos estos, continúa Ratier, que se engloban dentro de lo que se denomina tradición.

Debemos señalar que “lo gauchesco” trasciende el ámbito rural penetrando en las ciudades donde los eventos con actividades ecuestres tienen muchos seguidores. En este marco debemos entender el funcionamiento de las asociaciones tradicionalistas de Santa Rosa, que se conciben como un espacio identitario para aquellas personas que se identifican con los valores, acciones y causas que dichas organizaciones encarnan. Estas agrupaciones han surgido por la afición al caballo y a las distintas actividades que pueden realizarse con este

animal, asociadas, siempre, al campo y a lo gauchesco. En su mayor parte, los integrantes de estos centros tradicionalistas han estado relacionados, de una u otra forma, al campo y a las tareas rurales, pero por diversos motivos en la actualidad residen en la capital provincial. Otros continúan aún, por cuestiones laborales o familiares, vinculados a dicho ámbito.

El surgimiento de estos centros, decíamos, remite al hecho de que la mayoría de sus integrantes poseía caballos y deciden organizarse para participar de desfiles y fiestas criollas. La principal actividad entonces de estos grupos es la de desfilarse en los distintos eventos y participar de las actividades y destrezas que allí se realizan como pialadas, domas, jineteadas, yerras, carneadas y las recreativas que comprenden las carreras de sortijas, de embolsados, bailes, payadas, etc. Estos encuentros se realizan en diversas épocas del año, abarcando ámbitos locales, provinciales, regionales y nacionales. Este tipo de actividades son entendidas por los integrantes de estas asociaciones como las “que hacía el gaucho”, las que se hacían en “los tiempos de antes”, donde predominaba un ambiente más sano y familiar. Esos tiempos y sus características son los que pretenden revivir y recrear a través de sus prácticas y de reivindicar a la figura del gaucho, así como el contexto en el cual este se desempeñaba.

Ratier (2001, 2004) señala, para el ámbito rural bonaerense, que estas asociaciones se encuentran teñidas por lo gauchesco, a punto tal de convertirse en un referente identitario. En las agrupaciones santarroseñas observamos algo similar, a pesar de diferenciarse de las descritas por Ratier por funcionar y pertenecer, las primeras, a un ámbito urbano. Estos centros, definidos como tradicionalistas, se erigen en referentes identitarios para aquellos sujetos que se reconocen en las actividades y acciones que estos espacios desarrollan.

La tradición, si bien es asociada a un estilo de vida perteneciente al pasado y en general a los ámbitos rurales donde se desarrollaban las actividades propias del gaucho, es añorada y recreada desde la ciudad.

Así expresaba un tradicionalista, soguero de profesión, criado en el campo del interior de la provincia radicado en la ciudad desde hace unas décadas, quien no olvida ese estilo de vida ni deja de realizar las tareas que lo distinguen, intentando mantener la tradición a pesar de vivir en plena capital.

*“... aunque yo esté en el pueblo no dejo de cultivar la tradición y de inculcar a la gente lo lindo que es la tradición, los sano que es...”*

En términos de Handler y Linnekin (1984), las acciones tradicionales se refieren al pasado en términos simbólicos y, se caracterizan como inventadas porque se reconstruyen desde el presente. Pero los defensores, lejos de entenderlas como invenciones, definen sus actividades como una preservación, a pesar de que los elementos que seleccionan e intentan reproducir se sitúen en un contexto totalmente diferente al anterior, asumiendo nuevos significados.

Estas asociaciones, tratando de repetir las actividades propias de la vida gauchesca, remiten a un pasado histórico que representa sólo una versión de ese pasado que se pretende ratificar y reconstruir en el presente. La tradición entonces no es un conjunto de prácticas fijas, estáticas, cristalizadas que se repiten exactamente sino que se van recreando, reinventando y resignificando, si bien mantienen vínculos con situaciones precedentes, las prácticas realizadas en la actualidad no las repiten de manera mecánica. En este sentido entonces, la tradición no es un conjunto de rasgos culturales heredados cuya continuidad y límites se mantienen en el presente, sino que es una construcción simbólica y debe ser entendida como un proceso interpretativo y selectivo del pasado que incluye continuidades y discontinuidades, que está simbólicamente constituida y que se realiza a través de prácticas sociales concretas en contextos particulares.

La tradición, como patrimonio cultural, remite al pasado, a un pasado que se pretende recrear, conservar, reivindicando la figura del gaucho como un símbolo que condensa no sólo ciertas prácticas sino todo un modo de vida. Al respecto, un informante que se asume como tradicionalista de toda la vida, porque la aprendió desde chico, planteaba,

*“... todas las costumbres de nuestros antepasados, lo que era el gaucho, todo lo que es el tema de los caballos... las costumbres de todo lo que se hacía antes, lo que era la diversión del gaucho, cómo se manejaba el caballo, cómo se acomodaba un caballo para un evento, la ropa que se usaba, porque no era cuestión de participar de un desfile o ir de jean... todas esas cosas son la tradición...”*

Otro referente identitario es la vestimenta. En nuestro caso, los integrantes de las asociaciones usan vestimenta de gaucho para los desfiles y fiestas. Esta vestimenta “de gala” comprende la bombacha, pañuelo, sombrero, rastra o tirador, camisa, chaleco, cuchillo o facón con vaina de plata o trenzados, y la ornamentación en los caballos con emprendados de oro y plata, recados y riendas de tiento. Cabe señalar que la vestimenta utilizada diariamente es mucho más sencilla, aunque remite, en la mayor parte de los casos, también al ambiente campero. Esta vestimenta gauchesca es un referente importante para identificarse como gaucho pero no es suficiente, para serlo es necesario dominar ciertas tareas rurales, tener ciertos conocimientos y destrezas, que incluyen domar, pialar, jinetear, etc.

De manera similar, Ratier (2001) señala que los informantes de su trabajo también distinguen entre quienes visten de gaucho y quienes se disfrazan de tal. Es decir, que se visten como tal pero carecen de los conocimientos que se les atribuye a estos con respecto a una determinada actividad laboral o ciertos conocimientos. Así, gaucho es aquel que sabe pialar, montar, que sabe de caballos, es decir, gaucho es aquel que posee o ejerce una serie de saberes o competencias. No tenerlas implica no ser gaucho. Serían “gauchos por formación”, haciendo honor a saberes tradicionales. Existe también una tercera categoría, hombres que por sus ropas cualquiera calificaría como gauchos, que salen montados como tales, que se autodesignan gauchos y que a pesar de tener algunos conocimientos, sobre todo de caballos, no se desempeñan laboralmente en el campo. Este grupo es denominado por Ratier (1981) como “gauchos por adscripción”.

Habría así, según este autor, una identidad gauchesca primaria (por formación) a la que autoadscribirían aquellos que eligieran hacerlo. Pero lo que ambos tipos de gauchos (por formación y por adscripción) comparten, es lo ritual, lo que se pone en escena durante la ceremonia/fiesta. Ambos no continuarían siendo gauchos después, en lo cotidiano de sus vidas. El gauchismo, para Ratier, (2001) supone siempre una representación, una escenificación durante la cual quien se reviste del ropaje prescrito y monta un caballo arreglado tradicionalmente, se convierte en gaucho. Luego retoma su condición anterior de paisano o ciudadano.

Diferimos aquí con el planteo de Ratier, en el sentido que si bien el gauchismo supone una representación o una recreación, no en todos los casos, se da esta situación de que desmontada la escena, los sujetos dejan de ser gauchos para retomar su condición anterior.

Lo que observamos, a partir de los testimonios de nuestros informantes, es que el ser gaucho supone saberes, determinada vestimenta y la adscripción a ciertos valores, y que más allá de la “escenificación” que se da en desfiles y fiestas importantes, cuando se sacan la ropa de gala no pierden su condición de gauchos. Ya sea que estén vinculados a tareas propias de la vida rural o propias del espacio urbano, o que continúen o no vestidos de gaucho en la cotidianidad, su condición como tal no se pierde ni desaparece. Insistimos en que la ropa y el trabajo pueden ser marcas identitarias pero que por sí solas no alcanzan a definir una condición –la de ser gaucho- que se elige y se defiende entre tantas otras.

Los testimonios ponen énfasis en destacar los saberes y los principios que definen a un gaucho, y ya no la pertenencia al ámbito rural, dado que, en gran parte de los casos, los integrantes de las asociaciones están vinculados, laboralmente, a la ciudad. Gauchos por adscripción, según el planteo de Ratier, pero que no obstante esta diferencia con los gauchos por formación, son reconocidos e identificados como tales.

Si bien fue tarea sencilla definir al gaucho, no les resultó fácil, a nuestros informantes, incluirse en alguna categoría - gaucho, paisano, tradicionalista- que pudiera distinguirlos individualmente. Surgieron dudas, dificultades y contradicciones entre ellos cuando le preguntamos cómo se definían a sí mismos.

*“...la palabra gaucho encierra muchas cosas... a veces es medio grande... porque muchos dicen que es un gaucho porque lo ven de bombacha y sombrero pero capaz que no sabe revolear un lazo...” (Testimonio)*

*“... paisanos somos todos, pero gauchos no se hacen, se nace...” (Testimonio)*

Lo que sí aparece claramente es la reivindicación de la figura del gaucho, asociada a su capacidad de trabajo, su espíritu libre, sus destrezas, sus valores e incluso como símbolo patrio por la tarea desempeñada en el proceso de conformación de nuestro país. Gaucho como

portador genuino de la tradición argentina, tal como planteaban muchos de los folcloristas como Vega y Cortázar, entre otros<sup>2</sup>.

En muchos casos, el gaucho y su estilo de vida aparece asociado a valores como la solidaridad, el compañerismo, la ayuda desinteresada por el prójimo, y la “palabra”, aludiendo a la confianza que eso representaba sin necesidad de firmar un papel que confirmara lo convenido. Valores o rasgos que se habrían perdido por los tiempos actuales caracterizados por la desconfianza, el individualismo. El gaucho aparece así como una figura que encarna no sólo la portación de ciertos valores y saberes sino además como héroe de la patria, aquellos que lucharon por la independencia del país. Un informante, empleado público pero asumido como “tradicionalista”, remitía a ello de esta forma

*“... rescatamos al gaucho porque se dice que la patria se hizo a caballo y a la patria la hicieron los gauchos, los que andaban a caballo, el gaucho fue el que apuntaló todo, desde lo cultural, tiene que ver con nuestra identidad, con nuestro país” (Testimonio)*

Por ello, el conjunto de acciones que realizan, vestir como gauchos, realizar actividades camperas, tener conocimientos sobre el ámbito rural, forma parte de un conjunto de prácticas y discursos que se engloban dentro de lo que denominan “tradición”, la cual intentan mantener y conservar, y se convierte así en un importante referente patrimonial e identitario. Se asumen tradicionalistas tal como los definía Vega (1981), intentan vivificar al gaucho y a su entorno. Se identifican con él y con su estilo de vida, de allí que se dediquen a su evocación y culto a través de las tradiciones que recuperan del pasado, una recuperación selectiva que opera significativamente dentro del proceso de definición y construcción de una identidad. En este contexto, las fiestas y desfiles representan espacios donde se conforman procesos de construcción de lo nacional y de lo provincial, actuando la tradición como un elemento clave. Al igual que con la vestimenta, en estos espacios la tradición se “pone en escena”.

---

<sup>2</sup> Más información en Blache (1991).

Los testimonios traslucen una concepción esencialista, naturalizada, de la tradición, entendida como que está en la sangre, se lleva en los genes, y ha sido “mamada” a través de las enseñanzas de sus padres y abuelos. Estas prácticas y valores son los que pretenden inculcar a sus hijos “para que no se pierdan” ante el progreso y las características de la vida moderna. Lo tradicional claramente se asocia a lo bueno, lo sano, lo puro, versus lo moderno, la violencia, el consumo, etc. No obstante estas ideas, no podemos dejar de mencionar que si bien señalan que el progreso avanza, que socava la tradición y es concebido entonces como un peligro, algunos integrantes de los centros plantean que contra la modernidad y la tecnología no se puede luchar, que son inevitables. Y que precisamente los tiempos actuales son los que los han llevado a tener un estilo de vida diferente al del gaucho ya que viven en la ciudad, usan celulares y manejan automóviles, pero no por ello, dejan de reivindicar e identificarse con su figura. Uno de los informantes, comerciante, de familia del interior de la provincia, trabajador rural pero instalado hoy en la ciudad manifestaba,

*“... nosotros apuntamos a que no se pierda lo nuestro, ¿qué es lo nuestro? Cómo se divertía antes el paisano, lo que hacía, la tradición es recordar vivencias, la cultura, es un poco revivir las brasas apagadas que ha ido llevando el progreso y eso no lo podemos evitar porque el progreso avanza y tapa toda la cultura del pasado...” (Testimonio)*

Pero esta marca identitaria si bien remite a la tradición y al gaucho por sus valores y su accionar en el proceso de conformación del país, también trasluce un rasgo identificatorio particular, el ámbito provincial. Aquí aparece el “ser pampeano”, en este caso representado por el gaucho pampeano que aporta rasgos particulares, distintivos, que permiten diferenciarlos de otras regiones y que contribuye, así, reforzando y complejizando, el proceso de conformación de la identidad provincial. Se distinguen por ser pampeanos, por ser gauchos pampeanos ante la diversidad de actores en los distintos escenarios en los que se encuentran, es en estas ocasiones donde representan con orgullo no sólo una forma de vida sino además una región particular con la cual se identifican y les imprime características particulares.

*“... nosotros mostramos lo que es la tradición en La Pampa, cuando han venido desde distintos lugares para saber qué es el gaucho pampeano, porque los pampeanos somos uno, y por ejemplo los mendocinos o los norteros tienen otro*

*estilo, en el recado, en el estilo del caballo, esto es propio del sur de la provincia de Buenos Aires y de La Pampa, eso nos diferencia...” (Testimonio)*

Los planteos de Prats (1998) acerca del patrimonio, nos llevan a considerar a los centros tradicionalistas como activadores de patrimonio, ya que promueven una determinada versión de la identidad. Estas activaciones se expresan en forma de discurso y se condensan en símbolos. La tradición actúa, para sus defensores, como el referente patrimonial con el cual se identifican, el elemento patrimonial que condensa sus intereses, refuerza sus vínculos, y a través del cual promueven una particular construcción identitaria. Estamos así, en presencia de una activación patrimonial que tiene como referente principal a la tradición, a partir de la cual, estos grupos, construyen una identidad que coexiste, compite, con otras versiones identitarias en un campo de lucha donde todas pugnan por imponerse.

Ratier (2004) plantea analizar estas asociaciones como encauzadoras de las necesidades de la vida cotidiana de la gente de campo, aunque parezcan situadas, por lo general, en un ámbito aparentemente recreativo. En el ámbito rural tienen una multiplicidad de propósitos que van desde el apoyo a actividades productivas hasta las comunitarias, educativas, religiosas, entre otras, que no encontramos en las de la ciudad, donde existen, para estos objetivos, instituciones específicas como organismos técnicos, comisiones vecinales, iglesias, cooperadoras.etc.

Las funciones que, en nuestro caso distinguen a las agrupaciones comprenderían fundamentalmente el ámbito recreativo y festivo. Esto se observa claramente cuando los testimonios, tal como mencionáramos, dan cuenta de los orígenes de cada uno de los centros y de las tareas principales que realizan. A diferencia de lo que ocurre en Buenos Aires donde las asociaciones tradicionalistas se asumen integrantes del movimiento tradicionalista y pertenecen a federaciones o confederaciones afines y propugnan con su accionar y discursos una tarea sostenida de difusión de ideas y valores (Bersten, 2007), las asociaciones santarroseñas buscan simplemente un lugar de pertenencia e identificación donde realizar actividades comunes.

Algunas agrupaciones intentan revivir la tradición y sostener una actitud pedagógica y de defensa de la misma, inculcando valores y prácticas a los integrantes más pequeños, tarea que queda reducida al ámbito y a las familias integrantes de las asociaciones pero no parecería

trascenderlo, esto es, no aparece como una tarea comprometida y asumida destinada a alcanzar a una población mayor. El testimonio del presidente de uno de los centros, de más de 60 años, sostiene que él aprendió la tradición de sus padres y se la transmitió a sus hijos, como está haciéndolo ahora con sus nietos y con otros chicos que quieran aprenderla,

*“... yo siempre digo que estoy representando a mi madre y a mi padre, y mis nietos me están representando a mi, así que el día que falte, ellos ya me están representando a mi, ellos llevan esa cultura, si la quieren seguir la siguen y si no se olvidará, por eso nosotros creamos esta organización, con todo ese fin, un fin solidario, eso es tradición, enseñarlo a los chicos...” (Testimonio)*

Tampoco se evidencia en los testimonios una fuerte vinculación entre tradición e identidad nacional, excepto para dar cuenta de la participación de los gauchos en el proceso de independencia nacional, pero no intentan promover un nacionalismo a ultranza que resalte el patriotismo, reivindique la historia o los símbolos nacionales, como sí sucedía en otros centros, integrantes del movimiento nacionalista que retomaba el discurso criollista del siglo XIX y que funcionaron, fundamentalmente, en la provincia de Buenos Aires<sup>3</sup>.

Encontramos centros tradicionalistas con diferentes niveles de organización. Algunos han cumplimentado con los requisitos legales obteniendo personería jurídica y otros se han inscripto como sociedades civiles. Todos cuentan con estatutos que reglamentan su funcionamiento y realizan elecciones para conformar las comisiones directivas respectivas.

Si bien el campo de acción es limitado, no sólo por su tardía conformación, datan de la década de los '80, sino además por la escasez de recursos y de integrantes, algunas han podido “institucionalizar” algunos eventos que realizan sostenidamente todos los años. Tal es el caso de la Fiesta del Pialador organizada por la agrupación “Defendiendo lo Nuestro” y la Fiesta del Gaucho organizada por la agrupación “El Indio”. Además, se observa una participación sostenida de muchos de los centros en las fiestas provinciales que se realizan en las distintas localidades pampeanas.

---

<sup>3</sup> Para más información ver Bersten, 2007.

Cabe señalar, también, que encontramos diferencias entre las agrupaciones respecto a los diferentes vínculos que establecen por ejemplo con los gobiernos municipales y provinciales, en general limitados a pedidos de ayuda económica (subsidios) o material para concurrir a distintos eventos o para la organización de fiestas. Aparece la crítica y la desconfianza hacia aquellos muy vinculados a autoridades o dependencias a partir de las cuales obtienen beneficios o privilegios.

Es importante destacar la necesidad de diferenciarse entre ellos en relación a la preparación y ornamentación en los desfiles. Critican duramente a aquellas agrupaciones que concurren con vestimenta inadecuada y traslucen descuido y desprolijidad en el arreglo de los caballos. Pero no obstante estas diferencias, afirman que las ideas, valores y objetivos que poseen son comunes y que la existencia de tantos centros responde más a razones materiales, operativas e incluso por conflictos personales entre los miembros que a divergencias en relación a sus intereses y concepciones. Los informantes reconocieron diferencias entre ellos, e incluso caracterizaron al gaucho de “renegado”, lo cual, en muchos casos, su tozudez, deriva en la conformación de un nuevo centro.

Los centros coinciden en la crítica hacia los gobiernos de turno por el escaso apoyo y difusión que estos les brindan a las agrupaciones tradicionalistas en general. Señalaban, por ejemplo, las dificultades que se les presentan a la hora de organizar los eventos, en términos no sólo económicos sino burocráticos, destacando una pérdida de espacio en la comunidad. La crisis actual, junto a las exigencias mencionadas, ha generado un estancamiento en relación a la organización y participación en fiestas, ocasionando la desaparición de muchas agrupaciones y la inactividad de otras.

Por último, y para no plasmar una imagen totalmente homogénea de estas asociaciones, a pesar de haber ido señalando diferencias y discrepancias entre ellas, queremos mencionar algunas actividades que realizan y que se destacan de entre las mencionadas hasta ahora.

Es el caso de una de las agrupaciones que se define como “agrupación gaucha” pero que ha incluido entre sus actividades la equinoterapia. Si bien se encuadra dentro de las asociaciones tradicionalistas tales como las hemos caracterizado a lo largo de este trabajo, este centro se distingue por realizar además, actividades de rehabilitación para discapacitados utilizando como elemento terapéutico a los caballos.

Señalar también, que otra de las asociaciones, además de las fiestas, jineteadas y desfiles habituales, se encuentra gestionando un proyecto de seguro para los jinetes (o montadores).

### **Reflexiones finales**

La tradición es una construcción social que por su carácter simbólico, su capacidad de representación y por erigirse como un referente patrimonial para los grupos analizados, genera identidades. Existen múltiples identidades plantea Arfuch (2002) que se expresan como resultado de la afirmación ontológica de la diferencia, en tanto lucha por reivindicaciones específicas que apuntan al reconocimiento, la visibilidad y la legitimidad. Así, toda afirmación identitaria, entraña una lucha simbólica.

No hay identidad por fuera de la representación, es decir de la narrativización. Las identidades generan discursos y prácticas. Por ello, la identidad es una construcción que se relata, los relatos que la conforman y constituyen se realizan y transforman en relación con condiciones sociohistóricas, políticas, culturales.

Dada su multiplicidad, coexisten distintos relatos o narraciones sobre la identidad. El tradicionalismo representa uno de estos discursos identitarios, el cual remite a determinados objetivos, intereses, formas de pensar y concebir la realidad de aquellos grupos que lo sustentan. Este discurso patrimonial, como vimos, se traduce en relatos, prácticas y símbolos distintivos.

Las asociaciones tradicionalistas en Santa Rosa, a través de su reivindicación de la figura del gaucho y de su estilo de vida, recrean y reinterpretan el pasado por medio de sus prácticas. Y es en este proceso donde la tradición aparece como un referente identitario que les permite distinguirse, definirse y reconocerse como pampeanos. Estos centros, adscribiendo a los valores tradicionalistas han construido un discurso sobre la identidad que enriquece y complejiza la lucha en la cual diferentes versiones se articulan o contradicen en pos de definir la identidad provincial.

### **Bibliografía**

Arfuch, Leonor (2002). *Identidades, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires. Prometeo Libros  
Bersten, Lara (2007). *Identidad y criollismo: el Círculo Criollo El Rodeo en el contexto del movimiento tradicionalista*. Tesis de Licenciatura en Antropología. FILO. UBA

- Blache, Marta (1991). "Folklore y nacionalismo en la Argentina: su vinculación de origen y su desvinculación actual". En: *Revista de Investigaciones Folklóricas*. Vol. 6. Buenos Aires. FILO. UBA.
- Handler, Richard y Linnekin, Jocelyn (1984). "Tradition, genuine or spurious". En: *Journal of American Folklore*. Vol. 94. N° 385.
- Hobsbawm, Eric y Ranger, Terence (1998). *The invention of tradition*. Cambridge University.
- Prats, Llorenç (1998). "El concepto de patrimonio cultural". En: *Política y Sociedad*. Revista de la Universidad Complutense. N° 27. Madrid.
- Prieto, Adolfo (1988). *El discurso criollista en la formación de la argentina moderna*. Buenos Aires. Editorial Sudamericana.
- Ratier, Hugo (1988). "indios, gauchos y migrantes internos en la conformación de nuestro patrimonio social". En: *Revista Índice para el análisis de nuestro tiempo*. Buenos Aires, Centro de Estudios Sociales, DAIA.
- Ratier, Hugo, Del Campo, Eugenia, Etchichury, Leandro, Iriberry, Magdalena (2001). "Organizaciones rurales y cultura de las pampas: la construcción social de lo gauchesco y sus implicaciones". Ponencia presentada en la IV Reunión de Antropología del Mercosur. Curitiba. Brasil.
- Ratier, Hugo (2004). *Poblados bonaerenses. Vida y milagros*. Buenos Aires. La Colmena.
- Vega, Carlos (1981). *Apuntes para la historia del movimiento tradicionalista argentino*. Buenos Aires. Instituto Nacional de Musicología.
- Williams, Raymond (1980). *Marxismo y literatura*. Barcelona. Ediciones Península.